

MARIA RELAKI & JAN DRIESSEN (EDS.), *Oikos. Archaeological Approaches to House Societies in the Bronze Age Aegean*. Lovaina, Presses universitaires de Louvain. 2020. 360 pp. ISBN: 978-2-87558-996-5. €51.

La ausencia de fuentes escritas traducidas, las particularidades históricas de las primeras excavaciones y la—todavía—persistente influencia de la obra de Evans genera que el campo de las investigaciones de la Edad de Bronce en el mar Egeo y, especialmente en Creta, tenga la necesidad constante de renovarse. Si en la década del 80 se revisaron la evidencia material desenterrada por los pioneros y las conclusiones a la cual éstos habían llegado, a partir del nuevo milenio, se buscaron otros marcos teóricos para generar alternativas interpretativas consistentes. En este último caso, los paradigmas que se introdujeron en la arqueología del Egeo están relacionados con las ciencias antropológicas en su variante cultural o social.

Podemos ubicar al libro editado por Maria Relaki (University of Sheffield) y Jan Driessen (Université catholique de Louvain) dentro de estos nuevos enfoques. De hecho, los editores comienzan el libro (cap. 1) resaltando la poca atención que han tenido los tópicos relacionados con la antropología en este campo de estudio y remarcan la importancia que ha tenido en otros, por ejemplo, en Mesoamérica. A partir de esta observación, introducen la idea principal de la obra, la utilización del concepto de casa (*house*) como fenómeno corporativo y el de Sociedad de Casas (*House Society* o *Société à maisons*) para analizar diferentes situaciones históricas.

El segundo capítulo está a cargo del mismo Driessen y de Quentin Letesson (Université Catholique de Louvain). En él, se encargan de ofrecer una mirada diacrónica para comprender cómo se conformó la Sociedad de Casas en la cultura minoica. Para ello, utilizan las ideas de Alan Fiske sobre las formas que presenta el comportamiento cooperativo, las cuales se clasifican en cuatro modelos relacionales: actos de compartir de manera comunal (*communal sharing*); ordenamientos siguiendo la autoridad (*authority ranking*); ordenamientos

equitativos (*equality matching*) y precios de mercado (*market pricing*) que, contrariamente a lo que podría indicar el concepto, se refiere a los intercambios de bienes en términos generales. A partir de estas ideas, intentan ver cómo se pueden identificar estos comportamientos en el registro material de Creta y cuál de ellos prevaleció sobre los otros a lo largo de la historia. En el período Prepalacial se habría dado la forma “pura” dado que habría una fuerte unión comunal intergeneracional y localmente ligada; en el período protopalacial, la construcción de los “palacios” habría generado las primeras distinciones entre las casas aunque se habrían mantenido muchas prácticas comunales y horizontales; en el período Neopalacial se habría dado la máxima externalización tanto de los aspectos comunales como de las jerarquizaciones mostrando el poder y la riqueza de las Casas asociadas a los “Palacios”, convirtiéndose en facciones llegando a su final por la inestabilidad socio-política generada por la erupción del volcán en Thera.

En el tercer capítulo, Simona Todaro (Università di Catania) también realiza un análisis diacrónico, pero se concentra en la zona geográfica-cultural de Mesara y, especialmente, en los sitios de Haghia Triada y Festos. En ambos lugares observa una constante edificación y reedificación de estructuras, lo que para la autora está relacionado con “una ideología que sirve para localizar a los grupos sociales, para organizar las relaciones de parentesco y asegurar los derechos del grupo sobre una propiedad material específica” (p. 25). En otras palabras, para establecer una *house*. Para justificar este punto, Todaro sostiene que la ocupación de estos sitios siguió una lógica similar a lo largo del tiempo, aunque la fundación de Haghia Triada parece ser posterior a la de Festos. Entonces, se pregunta la autora ¿cómo pudieron haberse construido las estructuras monumentales de los primeros siglos de la Edad de Bronce?

En este punto es donde se utilizan los restos arqueológicos de los festines para señalar que habría habido pequeños eventos de consumo de comida, probablemente locales, y otros más masivos relacionados con la identidad grupal a un nivel regional. Así, el primer tipo de festines se puede vincular a prácticas más bien horizontales y el segundo a com-

portamientos verticales. Lo que distinguiría a Festos de Haghia Triada es que el “palacio” habría servido como centro ceremonial que integraba a los grupos humanos de diferentes zonas ecológicas.

El cuarto capítulo a cargo de Yiannis Papadatos (National and Kapodistrian University of Athens) cuenta con la particularidad de desafiar la base metodológica de los estudios que utilizan las tumbas como el eje de sus análisis. Sostiene que no hay un vínculo directo entre la sociedad de los vivos y las prácticas mortuorias. A partir de esta premisa, el autor comienza a detallar las vicisitudes históricas de la sociedad Prepalacial, destacando el alto dinamismo de los asentamientos y que las tumbas en realidad representan una situación deseada por la sociedad y no necesariamente una realidad concreta. De hecho, el autor cuestiona que se pueda hablar de una *House Society* a nivel insular, aunque haya evidencia de grupos corporativos.

El siguiente capítulo cambia la tónica de los anteriores dado que Dario Puglisi (Polytechnic University of Bari) se encarga de analizar los ritos de pasaje como una manera de estructurar a las *House Society*. Luego de presentar el debate entre las posturas funcionalistas y estructuralistas, el autor analiza la iconografía que clásicamente se había vinculado a ritos de pasajes en el período Proto y Neopalacial. Éstos parecen haber sido realizados por niños y adolescentes de ambos géneros y pertenecientes a todo el cuerpo social y no solo a las elites (como siempre se ha postulado). Este cambio se debe a que Puglisi considera que la sociedad minoica estaba dividida en un sistema de clases por edad (*age class system*) que reconocía al menos seis niveles según los peinados y la parafernalia con la que eran representados (infancia, niñez, adolescencia, juventud, madurez, vejez). La cuestión es que el modelo propuesto por el autor y la organización basada en *houses* son difíciles de vincular arqueológicamente, por lo que propone que los edificios monumentales eran los lugares en donde se realizaban estos ritos de iniciación, a la vez que los hogares particulares serían los espacios en donde habitaban las familias nucleares.

En el sexto capítulo, Carl Knappett (University of Toronto) se encarga de analizar las estructuras arquitectónicas como el elemento

arqueológico primordial para determinar las estructuras sociales. Según el autor, el primer paso es considerar a los edificios como *facilities* (es decir, “dispositivos que contienen o restringen el movimiento de la materia” [p. 81]). Básicamente, considera que las casas deben ser apreciadas en sus aspectos domésticos y en sus roles públicos. A partir de allí, el autor estudia qué tipos de dinámicas existieron en los períodos Pre y Protopalacial y cómo éstas cambiaron en el período Neopalacial: según Knappett, en los dos primeros períodos habría una clara separación entre los espacios domésticos y los públicos y, en los sitios más grandes como Knossos, Festos y Malia, las estructuras monumentales (“palacios”) no tendrían ninguna función residencial. El problema es que estos fenómenos suelen ocurrir en sociedades altamente jerarquizadas y menos identificables con el modelo de *House Society* que se intenta demostrar.

Ya en el período Neopalacial la relación entre casas y estructuras públicas parece haber cambiado. Muchas residencias abandonan un tipo de organización aglutinante y muestran rasgos de planificación articulada incorporando algunos elementos arquitectónicos de los “palacios”. Esto habría hecho que la diferencia entre los edificios haya sido menor y que algunos espacios privados hayan adquirido funcionalidades públicas; en otras palabras, no habría habido una mayor jerarquía, como se considera usualmente, sino que habría una mayor competencia y menos concentración del poder. En realidad, Knappett está criticando la validez del modelo de *House Society* como un concepto aplicable a toda la historia de la isla durante la Edad de Bronce. Desde su punto de vista, las casas son más evidentes en el período Neopalacial, aunque entonces, habría que buscar otro modelo para los períodos anteriores. El autor mismo lo sintetiza con una excelente frase: “La lección que deberíamos aprender es que la estructura social no siempre puede ser materializada de la misma manera a lo largo del espacio y del tiempo” (p. 92).

El capítulo escrito por Emmanouela Apostolaki analiza la cuestión de la propiedad de la tierra y la descendencia para estudiar la formación de las *households*. En la primera sección, la autora establece que la evidencia arqueológica (basada en el tamaño y funcionalidad de las

unidades domésticas) muestra la existencia de, casi sin ninguna duda, grupos corporativos. Sin embargo, esto no quiere decir que aquellos puedan ser definidos como *houses*, sino que es clave comprender los diferentes niveles de riqueza y de acceso a la tierra, lo cual la autora analiza en la segunda sección. Aquí, Apostolaki intenta determinar los niveles de desigualdad social dentro de los grupos corporativos para definir la propiedad privada de la tierra. Adicionalmente, los líderes de estas *houses* habrían utilizado los ritos comunales para estrechar los lazos solidarios con el resto de las personas. Precisamente, el período Neopalacial habría sido el momento de mayor jerarquización y de mayor cantidad de prácticas colectivas. Los “palacios”, entonces, serían una de las manifestaciones estructurales que mostraría la conjunción de ambos fenómenos, por lo que el mito de la “Casa de Minos” sería una especie de memoria legendaria sobre los grupos corporativos en Creta.

El capítulo 8 está a cargo de los arqueólogos italianos Pietro Militello, Orazio Palio y Marianna Figuera (University of Catania). Su propuesta busca analizar hasta qué punto las estructuras domésticas de Haghia Triada y Festos durante los períodos Proto y Neopalacial se relacionan con la estructura social que propone el modelo de Levi-Strauss. La metodología que emplean es bastante tradicional dado que tienen en cuenta el tamaño de las casas, los patrones de circulación y las relaciones con otros edificios. Para el caso de Haghia Triada, los autores consideran que la morfología de las viviendas indicaría que estaban ocupadas por familias nucleares; sin embargo, existiría la posibilidad de casas extendidas interconectadas y de *households* particularmente populosas. El poder de estas últimas se habría constituido en el período Protopalacial y habría continuado hasta el Neopalacial. Lo importante para los autores es que las casas, ya sea de familia nucleares o constituidas por *households*, no habrían sido simples espectadores de las decisiones de la autoridad política central, sino que habrían sido agentes dinámicos en las relaciones de poder. Por esta razón es importante no ligar una estructura de organización social de manera directa a una forma de autoridad, sino que es hay que considerar las vicisitudes de los diversos grupos sociales a lo largo de los procesos históricos.

El siguiente capítulo trata sobre la posibilidad de diferencias sociales en el sitio arqueológico de Papadiokampos durante el período LM IB. Chrysa Sofianou (Ephorate of Antiquities of Lasithi) y Thomas Brogan (INSTAP Study Center for East Crete) se encargan de analizar el tamaño de los hogares y el contenido de éstos para clasificar la desigualdad existente entre dos casas catalogadas como A.1 y B.1. La particularidad de este estudio es que los edificios parecen haber sido abandonadas rápidamente por lo que la riqueza material es abundante. Por otro lado, vale aclarar que el sitio se encuentra más bien en la periferia de los grandes centros urbanos de la época, por lo que es difícil determinar hasta qué punto son muestras representativas de la realidad sociopolítica insular.

Por medio de un análisis minucioso de las estructuras arquitectónicas, los restos de comida y de las actividades artesanales, los autores llegan a la conclusión de que hay claras muestras de diferencias económicas entre ambos espacios a lo largo de su historia. De hecho, ellos resaltan este aspecto dado que la realización de rituales religiosos sería una de las formas de generar una identidad propia a través de la conexión con sus antepasados. Los autores llegan a la conclusión de que la casa A.1 pertenecía a una familia extendida más pobre que la casa B.1, la cual sí parece haberse constituido como una *household*, debido a su conexión con los círculos de elite minoico—a juzgar por su riqueza material.

El capítulo 10 se encarga de analizar la estructura e identidad social en Zakros y está escrito por Eleni Gerontakou, Maria Kyritsi (National & Kapodistrian University of Athens) y Alexandra Salichou (Greek Ministry of Culture). Las autoras se concentraron en analizar dos de los edificios más grandes (*Oblique Building* y *Strong Building*) como pertenecientes a grupos sociales extendidos. Ambos cuentan con parámetros que los ubicarían dentro del concepto de *house*, sin embargo, su importancia reside en su relación con la construcción del “palacio” a mediados del período Neopalacial. Cuando el primero de estos edificios fue modificado, generó un efecto aglutinante respecto a las estructuras cercanas del trazado urbano, lo que las autoras interpretan como parte de un consenso comunal. En el caso del *Strong Building*,

parece ser una *house* por la gran cantidad de cerámica destinada al consumo de alimentos, el tamaño de la estructura y los espacios de preparación de comida. Pero no cuenta con la idea de continuidad diacrónica que establece originalmente Levi-Strauss, dado que su plano fue modificado con la construcción del “palacio”. En definitiva, lo que las autoras defienden es que el “palacio” de Zakros se constituyó como una verdadera *house* y modificó las trayectorias de los edificios cercanos. Este cambio en la biografía de los edificios aledaños es explicado en términos políticos, como la intención de Knossos de establecer nuevas relaciones sociales imponiendo un nuevo actor en la esfera local.

El siguiente capítulo fue escrito por Christine Morris (Trinity College Dublin) y Alan Peatfield (University College Dublin). La propuesta es más que interesante: analizar hasta qué punto se pueden utilizar las figurillas depositadas en los santuarios de altura para resolver la tensión entre la identidad individual en las prácticas rituales. El primer punto llamativo es que no aceptan totalmente la identificación de la sociedad minoica como una *house society*: más bien destacan que prevalecieron las estrategias comunitarias vinculadas con el parentesco extendido. La segunda cuestión busca reflexionar sobre si las figurillas pueden ayudarnos a entender los vínculos entre lo individual y lo colectivo. Ante estos problemas, los autores plantean dos vías de estudio: la primera es analizar la posibilidad de que las figurillas sean objetos votivos para la sanación, y que hayan estado vinculadas a los cementerios, y la segunda se refiere a que su proceso de elaboración. Éste parece haber sido más complejo de lo que usualmente se piensa, por lo que los autores consideran que fueron realizados por especialistas, sin abandonar un contexto comunitario. Mas aún, el propio acto performativo de preparación y participación del peregrinaje hasta el santuario de altura y de los ritos que en él se realizaban, mostraría la involucración de la comunidad en muchos niveles, en donde entraría en juego las identidades individuales y comunitarias de los participantes.

El siguiente capítulo también trabaja la tensión entre lo individual y lo colectivo, pero concentrándose en los sellos. Aquí, Sarah Finlayson (Universität Heidelberg), se pregunta cómo relacionar la per-

tenencia individual del sello y la posibilidad de que su iconografía y uso refieran a un estatuto administrativo impersonal. De esta manera, se estarían adoptando dos aspectos clave para la organización de las *houses*: el control sobre la movilización de recursos y la simbolización a través de las imágenes.

Para la autora, hay tres maneras de poder combinar ambos aspectos. La primera es analizarlos cuando funcionaron como reliquias: es decir, fueron objetos que fueron atesorados por su antigüedad convalidando el valor diacrónico como identificación de la casa. La segunda vía de análisis es considerar que algunos sellos representaban a la *house* a través de su iconografía, dado que las mismas imágenes se han encontrado en una variedad de sellos dentro de los mismos contextos culturales. Y la tercera vía es estudiar los motivos comunes existentes entre diferentes sellos, lo cual también podría ser indicativo de la identidad compartida en una *house*. Además, es necesario estudiar la utilización de los sellos para controlar el movimiento de bienes dentro de los edificios de elite, lo que parece indicar que había distintas jerarquías en el sistema administrativo. Considerando lo anterior, la autora se pregunta si los cambios entre el período Protopalacial y el Neopalacial sostienen la existencia de una *House Society*. Según Finlayson, el rápido crecimiento urbano comenzado en el Protopalacial generó una fuerte organización de la sociedad en *houses*, utilizando mecanismos de identificación que ya existían, pero transformándolos según la nueva realidad social. Así, las *houses* habrían logrado expresar su identidad comunitaria por medio de la iconografía, a la vez que la utilizaban para controlar los flujos de bienes.

En el capítulo 13, Anna Simandiraki-Grimshaw (Bath Spa University) también utiliza los sellos para analizar la estructura social, aunque se concentra en los anillos de metal. La intención de la autora es ver qué rol tenían los individuos que los poseían en las dinámicas de interacción social a través de la agencia visual. Para ello, los analiza desde diferentes perspectivas, considerando sus materiales, tamaño, contexto de producción, uso y hallazgo, su iconografía y, teniendo en cuenta lo anterior, su posible valor social. Así, los anillos de toda la

Edad de Bronce Tardío demostrarían las estrategias de separación e identificación social por parte de un grupo específico asentado en las estructuras de elite (“palacios”, “villas”, grande casas urbanas y rurales). Éstos serían los que Hamilakis llama facciones y que Driessen considera *houses*; ambas perspectivas no son excluyentes, sino que dependen si se pone el énfasis en el conflicto o en la solidaridad como principales dinámicas sociales.

En el siguiente capítulo se comienza a abandonar el mundo minoico para entrar en la transición a lo que conocemos como cultura micénica en Creta. En este capítulo, Eleni Hatzaki (University of Cincinnati) argumenta que no existió una invasión a Creta, sino que aquel fue un proceso endógeno de desmantelamiento de la estructura social minoica tras una crisis económica, iniciada por la erupción del volcán de la isla de Thera. Este proceso habría llevado al fin de los grupos corporativos en Creta, quienes poseían el acceso a la mayoría de los recursos de manera prácticamente exclusiva. Para la autora, esta destrucción la habría realizado un solo grupo social que pudo haber tomado el “palacio” de Knossos bajo su control. Uno de los principales argumentos que esgrime es que el repertorio iconográfico cambia drásticamente luego del periodo Neopalacial, ya que se abandonan los motivos característicos de ese período y tan solo se conserva la iconografía referente al toro. Estas imágenes pudieron haber sido utilizadas para legitimarse a través de cierta conexión con el pasado y con el espacio controlado tradicionalmente por Knossos. De este modo, el movimiento interno que defiende la autora hace hincapié en una especie de revolución liderada por algunos grupos tras la crisis generada por la erupción volcánica hacia el final del período Neopalacial.

El trabajo presentado por Artemis Karnava (University of Crete) e Irene Nikolakopoulou (Greek Ministry of Culture) compara la evidencia arqueológica de las excavaciones realizadas en el sector norte de Akrotiri entre 1999 y 2003 con los resultados de las campañas del período de 1967 y 1969. A través de esta metodología, las autoras buscan dilucidar qué tipo de organización social pudo haber existido en este poblado en los momentos cercanos a la erupción del volcán. Ellas

se centran en analizar las dimensiones y los vínculos entre las estructuras arquitectónicas. Sin embargo, el problema es que estas estructuras se encuentran en el centro urbano del poblado, por lo que advierten que sus conclusiones tienen cierto carácter parcial. De todas formas, las autoras afirman que Akrotiri pudo haber estado organizado en *households* extendidos que comprendían una diversidad de grupos, dado que los edificios excavados deberían haber dependido unos de otros para complementar la diversidad de funcionalidades que encuentran en el registro arqueológico, por más que se hayan tratado, principalmente, de edificios destinados al consumo y no a la producción de bienes.

El capítulo 16 mantiene el foco en las islas influenciadas por la cultura minoica, ya que Evi Gorogianni (University of Crete) estudia la posibilidad de que hayan existido *houses* en el yacimiento de Haghia Irini en la isla de Kea. Con este fin, la autora tiene en cuenta con dos tipos de evidencia: los espacios destinados a la cocción de alimentos y los lugares utilizados para almacenar bienes. Esta información fue analizada por medio de Sistemas de Información Geográficos (GIS) para comprender si su distribución espacial podría estar vinculada a una organización social basada en *houses*. Por medio de esta metodología, se llega a la conclusión de que hay dos estructuras candidatas a ser consideradas como *houses*, al menos en un nivel aristocrático. Desde nuestra óptica, el valor de este trabajo reside en que no solo toma en cuenta las estructuras arquitectónicas, sino que considera los espacios más significativos para determinar la existencia de las *houses*, y que limita su análisis a los grupos de elite y no a todo el entramado social.

El trabajo escrito por Stratos Nanoglou (Greek Ministry of Culture) tal vez sea el más valioso de toda esta obra; no sólo por su valor intrínseco, sino porque critica abiertamente al concepto de *houses* y de *House Society*, lo cual, dentro de un libro destinado a analizar estos modelos, hace que cobre un valor particular. Básicamente, el autor subraya que estas ideas no deberían ser consideradas modelos, sino un dispositivo heurístico, es decir, una manera de aumentar nuestro conocimiento sobre las sociedades antiguas.

El primer problema que expone Nanoglou es que hay un paso demasiado directo entre la identificación arqueológica de una *house* y la confirmación teórica del modelo de *House Society*. En otras palabras, epistemológicamente, la tipología parece anteceder a la evidencia. Para el autor, una manera de solucionar este error es tener en cuenta que las identidades se forman a través de las prácticas, y que la materialidad con la que se encuentran los arqueólogos es el resultado de dichas interacciones. De lo contrario, se presupone que hay un conjunto de prácticas que esperan ser nombradas y catalogadas para cobrar sentido. En definitiva, se impone el concepto por sobre la materialidad.

El segundo problema que señala el autor corresponde a considerar las reconstrucciones de las viviendas como un signo de las biografías de las *households*. Ante esto, Nanoglou considera que las reconstrucciones pueden estar vinculadas con la poca disponibilidad de tiempo y espacio para realizar nuevas edificaciones. Si bien se lo puede considerar como una manera de conectar con el pasado, eso no implica que la historia de una vivienda sea un proceso de legitimación. Para ello, es importante estudiar la relación de estas estructuras con la comunidad. Adicionalmente, dentro de una comunidad los edificios pudieron haber tenido diferentes funciones y no siempre deben ser considerados como la expresión de una *house*. Ante esto, la propuesta del autor es sencilla: retomar el estudio de las prácticas concentrándose en las personas que están detrás de ellas, y no buscar que la materialidad confirme nuestras posturas preconcebidas—en este caso, el modelo de la *House Society*.

El capítulo 18 vuelve el contexto micénico para analizar la posibilidad de la existencia de *houses* a través del estudio de las tumbas durante el Heládico Medio y el Heládico Tardío. Para la autora, Kalliopi Efkleidou (Aristotle University of Thessaloniki), es en este marco temporal en el que se fue constituyendo una identidad propia de las *houses* en la Argólida que tenía como principal eje la unión entre vivos y muertos. La importancia de este estudio reside en que va más allá de la evidencia escrita transmitida por los palacios para abarcar a una mayor cantidad de personas.

El proceso de conformación de las *houses* habría comenzado a través de una primera separación geográfica de los lugares de enterramiento y del consumo conspicuo de bienes de elite. Luego, se habría producido un cambio significativo en la arquitectura de estos espacios con la constitución de las *Shaft Graves*, dado que permitían la apertura y clausura para la deposición de cuerpos. Para la autora, esta práctica generaba un vínculo especial con los ancestros y servía como legitimación de sus descendientes y como consolidación de la identidad colectiva. Sin embargo, a pesar de la imitación generalizada, no todo el ámbito micénico habría adoptado una organización social basada en *houses*; por ejemplo, Tirinto habría estado fuera de este proceso.

El siguiente trabajo fue realizado por María Luisa Ruiz-Gálvez (Universidad Complutense de Madrid) que explora la posibilidad de que las mujeres hayan tenido un poder mayor en las sociedades basadas en *houses* que en otras formas de organización. Utilizando las investigaciones de tres áreas diferentes, la autora intenta mostrar que el poder de las mujeres que transmiten las fuentes se debe a que ocupaban una posición especial en la sucesión patrilineal.

El primer caso de estudio es el caso asirio, el cual habría sido una *House Society*. En este contexto, las mujeres podían tener funciones muy importantes en la esfera comercial como representantes de la casa, derecho obtenido a través del matrimonio. En el segundo ejemplo, Ruiz-Gálvez estudia una estatuilla de la ciudad de Ebla en la cual parece estar representada una reina deificada. Su interpretación es que no estamos ante un caso de una reina poderosa, sino que su valor residía por los vínculos de parentescos y, si bien tenía poder, tan solo podía gobernar en favor de su hijo. La sociedad micénica es el tercer caso de estudio. Aquí, la autora señala que la propiedad de todas las tierras registradas por los archivos estaba en manos de hombres, mientras que las mujeres tampoco tenían un poder real (incluso aquellas que eran sacerdotisas). La conclusión a la que llega la autora es bastante sencilla: las mujeres no tenían un poder real en estas *house societies*, ya que no poseían acceso a la tierra y que, en cualquier caso, su poder estaba asociado al linaje y vinculado a descendencia patrilineal.

En el último capítulo Maria Relaki (University of Sheffield) señala que los problemas que tiene el enfoque de las *house societies* son básicamente dos: la relación entre la materialidad y los conceptos y que la amplitud teórica termina por quitarle su capacidad analítica. Para solucionar estos problemas, la autora señala que se debe estudiar la materialidad en su agencia y no como mero reflejo de los vínculos sociales, sino en su capacidad de crearlos. Es por ello que el término *houses* no debería ser una tipología, sino un modo de interacción.

A lo que apunta la autora es, en definitiva, a problematizar las relaciones de parentesco, entendiéndolas más allá de su componente biológico para superar la divergencia entre familia nuclear y la organización basada en *houses*. De ahí, es importante vincular estas ideas con otras facetas de la realidad, como la economía (propiedad de la tierra y distribución de los bienes) y los cementerios. Precisamente, en este aspecto hace hincapié la autora.

En primer lugar, se separa del análisis de Whitelaw porque utiliza la cantidad de personas enterradas como argumento para defender que Creta estaba compuesta por familias nucleares, lo cual es desestimado por la autora dado que la cantidad no tiene que por qué ser indicativo de la identidad del grupo. Las características que resalta la autora de estos espacios son la fragmentación intencional (tanto de huesos como de materiales asociados) como una manera de transformar al muerto en ancestro, la reorganización de los elementos fragmentados para preparar nuevas deposiciones y la selección en la creación de vínculos entre los vivos y los muertos. A través de estas prácticas se genera un compromiso de larga duración que genera una identidad colectiva y también una relación especial con el paisaje que consolida la pertenencia del individuo con su entorno.

Desde nuestra óptica, la importancia del libro reside en que introduce un nuevo enfoque a la discusión sobre la organización social en el Egeo que puede ser explorada desde diferentes prácticas. De todas formas, debemos confesar que nos parecieron más certeras las críticas que resaltan que este modelo ha generado un problema epistemológico; se analiza la evidencia material para hacerla encajar en el concepto de

*House Society*. De este modo, parece abandonarse su valor como dispositivo heurístico, lo que termina por generar una menor riqueza analítica. De todas formas, no deja de ser una perspectiva realmente útil, sobre todo, para introducir nuevas disciplinas en los debates.

JORGE CANO MORENO  
*UCA-CONICET*